

Luz increada

Rayo de luz que viene de la altura
como un mensaje del amor divino,
ilumina por siempre mi destino
y fúndeme contigo en tu hermosura.

Conoces como yo mi desventura
que sólo hieles bebí en el camino.
Soy un yermo sin luz ¡oh triste sino!
de todo sufrimiento levadura.

No te apartes de mí, no me abandones,
que me muero de pena y de tristeza;
dame, Señor, la paz y con tus dones

escalaré la luz en donde moras
y veré cara a cara tu belleza.
¡Soñado fin de mis amargas horas!

Pedro ROMERO MENDOZA

ANECDOTA ARQUEOLOGICA

por Antonio **SANCHEZ PAREDES**

Como quiera que este sucedido es rigurosamente histórico, conviene situar lo mejor posible todos los elementos de la representación, ya que la vida no es otra cosa que una sucesión de actos más o menos escenificados.

La acción se desarrolla en Mérida, un día cualquiera de los comprendidos entre el 20 y el 26 de abril de 1753.

La escena tiene lugar frente al "Horno de Santa Eulalia", construido como un rompecabezas con las piezas, columnas y sillares del desaparecido templo de Marte. Las inscripciones y sobre todo los preciosos relieves, principalmente de arreos militares, parece que acaban de nacer. La luz del sol incide sobre ellos dándoles casi hasta movimiento. Todo en torno es placentero, grato y bello.

Los personajes tal vez fueran cuatro: un criado de uno de los protagonistas, don Luis José Velázquez; el dibujante que le acompañó en el viaje, Esteban Rodríguez, hermano del célebre arquitecto don Ventura y "el mejor delineador que se conocía entonces", a juicio de Cortés y López; el señor Peralada, persona para mí desconocida por ahora pero que me propongo identificar, el

cual estaba de paso en Mérida camino de Lisboa. Debía ser eso que ahora llamamos un funcionario público, viajando en comisión de servicio y hombre de cierta cultura aunque sin especialización alguna. Y, finalmente, don Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, señor de Sierra Blanca, caballero de Santiago, malagueño, abate y académico de la Historia, de los del número, a sus treinta y un años cumplidos.

Este último se hallaba en Mérida, por lo menos, desde el 22 de diciembre anterior, alojándose al presente en una celda del convento de los Franciscos descalzos de la misma, pues "las posadas"—son sus palabras—eran "malditas". La razón de su estado se debía a que la Academia de la Historia le propuso a Ensenada como la persona más indicada e idónea para reconocer y estudiar los monumentos antiguos de Mérida. La católica e indolente majestad de Fernando VI, se dignó acoger dicha propuesta y Velázquez salió de estampía en la primera quincena de diciembre de 1752 hacia nuestras provincias. Quien había suscitado todo este súbito interés de la Academia por las antiguédes de Mérida, era un tal doctor

Alsinet, ejercitante en ella, el cual, en carta al director de la misma, no hizo más que recoger los juicios y lamentaciones que había oído a un empingorotado turista inglés. Esta carta le valió al doctorcete nada menos que el título de miembro "honorario" de la Academia, quien, a buen seguro, debió arrepentirse más de una vez de su acuerdo, pues resultó ser un sinvergüenza.

Algo de todo esto y mucho más cuenta el propio Velázquez en la correspondencia —aún inédita— que mantuvo, durante tres años consecutivos, con el primer director de mencionado instituto, don Agustín de Montiano y Luyando, hombre más que cincuentón y que, a falta de otros talentos, que no tuvo, y con permiso de su biógrafo el marqués de Laurencín, era más que "un pedazo de pan", sí, un mendrugo. Por ello, el choque de ambas mentalidades, en aludida correspondencia, es manifiesta.

Ahora bien, el marqués de Valdeflores, en el día de autos, debió sentirse obligado a enseñar, a su amigo Peralada, los monumentos de la ciudad. Y, callejeando por ella, llegaron a situarse en el escenario reseñado.

Al contemplar dichos mármoles y quedar gratamente impresionado con toda seguridad, exclamó Peralada:

—“Esto es más antiguo que los romanos; los romanos no esculpían con tanto primor”.

(Son palabras textuales que aparecen en el manuscrito de Velázquez).

Este, es decir, el marqués de Valdeflores, joven arrogante, espontáneo e impulsivo debió mirarle de hito en hito y considerar la ocurrencia entre guasón y sorprendido.

Naturalmente, él no dice nada de eso en su carta, mas sí expresa que prosiguió —dándolo a entender— “con gran socarronada”:

—“No sólo los relieves, pero ni aquellas letras que están sobre ellos y dicen *Marti Sacrum Vettilla Paculi* son romanas. Los romanos no escribían en latín”.

Y ahora fue cuando Peralada debió caer de la nube y darse cuenta de que, como vulgarmente se dice, había “metido la pata”. Porque Velázquez termina la narración del suceso diciendo “que el negocio se redujo a risa, a que ayudó el mismo”, o sea, su amigo, “no poco”.

Y así termina, señores, un modesto apéndice sobre un mínimo paso histórico-arqueológico.

NOTA.—Esta comunicación fue leída por su autor durante la celebración del IV Congreso de Estudios Extremeños, el cual tuvo lugar en Mérida, los días 26 a 29 de dicho mes y año. Y como quiera que continúa investigando sobre don Luis José Velázquez, en relación con la arqueología extremeña, no considera necesario acompañar sendos trabajos del consabido aparato bibliográfico, reservando éste para documentar su próximo libro acerca del “Viaje de España” que realizó, en parte, mencionado ingenio; siendo por ello uno de los primeros viajeros españoles de la Ilustración, que se lanzaron al campo a desenterrar y estudiar nuestros mejores tesoros arqueológicos. Entonces será momento oportuno de urdir el conveniente entramado erudito con que enjuiciar sus meritorios desvelos por desentrañar, analizar y escogitar ese pasado latino de nuestra región, envuelto todavía en numerosas incertidumbres o dudas.

Madrid, 30 de Abril de 1977.

Conclusiones de la Comisión para la unidad de la Iglesia Extremeña

Reunido en Mérida un grupo de sacerdotes y seglares de las tres diócesis extremeñas para reflexionar sobre la situación de la Iglesia en nuestra región, guiados sólo y exclusivamente por un afán y una urgencia de servicio al pueblo de Dios en Extremadura, hemos llegado a las siguientes conclusiones:

- 1.—Constatamos que la falta de conciencia regional puede arrancar de la fecha en que se perdió la capitalidad metropolitana de Mérida.
- 2.—Estimamos que la división actual de la diócesis y la pertenencia a distintos arzobispados —Badajoz a Sevilla y Coria-Cáceres y Plasencia a Toledo— falta conexión en la iglesia regional, coordinación pastoral, iniciativas regionales, estudio de los problemas comunes y de los valores autóctonos, determinantes del ser regional y por lo mismo, voz y acción común para denunciar o promover lo que conviene a toda Extremadura.
- 3.—Todas estas circunstancias inciden en la orientación y en la vida pastoral que exigen la nueva teología de la Iglesia del Vaticano II y en la situación socio-cultural y política de nuestro pueblo.

4.—Nos damos cuenta de que a lo largo de la historia han existido intentos de salir del subdesarrollo religioso y de la marginación, pero consideramos que han sido insuficientes y esporádicos, no logrando sus objetivos y haciendo que el pueblo se volviera apático e indiferente y se encuentre en una situación difícil para reaccionar.

5.—No obstante esta situación creemos que el momento es decisivo para reivindicar:

- a) La restauración de un arzobispado con sede en Mérida, que logre la unidad pastoral de las cuatro diócesis extremeñas y promueva la vida cristiana en toda la Región.
- b) El monasterio de la Virgen de Guadalupe, Patrona de Extremadura y centro devocional de la región, para que se integre en la Iglesia extremeña, puesto que en la actualidad pertenece a Toledo.
- c) Una ordenación pastoral más racional de los límites diocesanos.

Para lograr estos objetivos hemos considerado una serie de acciones concretas: